

cheros toman por sí mismos y sin que se les diga adonde, el camino de Piazzonne, y allí se detienen aun sin necesidad de que les siga coche alguno.

Es que el Piazzonne de Florencia ofrece lo que no ofrezca tal vez ciudad alguna, y es una especie de tertulia al aire libre, donde cada cual recibe y hace sus visitas. No hay que decir que los visitantes son hombres: las mujeres permanecen en los carruages: los hombres van del uno al otro, hablando á la portezuela, estos á pie, aquellos á caballo, algunos mas íntimos subidos sobre el estribo.

Allí es donde se arreglan las intriguillas de la vida, donde se echan las ojeadas, donde se dan las citas.

En medio de todos aquellos carruages pasan las floreras echando ramos de rosas y violetas, de que al día siguiente por la mañana irán al café á pedir el precio á los hombres presentándose un jacinto. Además, llegado este día siguiente paga el que quiere: las flores no son caras en Florencia: Florencia es el país de las flores. Preguntádselo sino á Benvenuto Cellini.

Allí se está hasta las ocho. A las ocho se levanta una ligera niebla del fondo del prado. Aquella niebla es el origen de todo mal: encierra la gota, el reumatismo, la ceguera: sin aquella niebla los florentinos serian inmortales. Así han sido castigados por el pecado de nuestro primer padre. Así á la vista de aquella niebla se dispersa cada grupo, se interrumpe cada conversacion, echa á andar cada carruage, y solo quedan tres ó cuatro carretelas de extranjeros que no siendo del país no conocen aquella terrible nieblecilla, ó que si la conocen no tienen miedo.

A las nueve los rezagados dejan el Piazzonne y dan su vuelta hácia la ciudad. A la puerta del Prato hallan una segunda tertulia: la niebla no llega hasta allí. Desde la puerta del Prato se la desafia, se hace burla de ella: el calor que el sol ha comunicado á las piedras de las murallas, y que conservan una parte de la noche, la rechaza. Allí se permanece hasta las diez y media. Únicamente á las diez la gente arreglada se retira. A las diez se baja el puente levadizo, y es preciso dar dos reales para hacerlo levantar.

A las once casi siempre los florentinos están ya en su casa, á menos que no haya funcion en casa de la condesa de Mencini. Solo los extranjeros recorren la ciudad á la luz de la luna hasta las dos de la madrugada.

Pero si hay funcion en casa de la condesa Mencini, todo el mundo va allí.

La condesa Mencini ha sido una de las mugeres mas hermosas de Florencia, y todavía es una de las de mas talento: es una Pandolfini, es decir, una de las mas grandes damas de la corte de Toscana. El papa Julio II regaló á uno de sus abuelos su lindo palacio edificado por Rafael. En este palacio habita, y

en el jardín contiguo da sus funciones. Se verifican en los cuatro domingos de julio. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo las aguarda, todo el mundo se prepara; tanto que de grado ó por fuerza tiene que darlas: habria un motín si no las diese.

Estas cuatro funciones de noche son las mas lindas funciones que pueden verse. Figuraos un delicioso palacio, ni muy grande ni muy pequeño, como cada uno de nosotros quisiera tener uno, ora sea príncipe ó artista, amueblado con perfecto gusto, con los mas esquisitos muebles de capricho que hay en toda Florencia, iluminado *a giorno*, como se dice en Italia, abriéndose por todas partes y por todas sus ventanas sobre un jardín inglés, cuyos árboles en lugar de fruta llevan centenares de farolitos de colores. En los cenadores y bosquecillos de aquel jardín grupos de cantores ó instrumentistas, y en las calles quinientas personas paseándose, que van y vienen, alimentando un baile que se ve deliciosamente saltar á lo lejos, y una estufa llena de naranjos y camelias.

Fuera de algunos conciertos en la Filarmónica, algunos *soirés* improvisados para un aniversario ó nacimiento de casa patronal, algunas representaciones extraordinarias de ópera en la Pergola, ó de prosa en la Cocomera, esta es Florencia en verano en cuanto á la aristocracia. En cuanto al pueblo tiene las iglesias, las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiese tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pergola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo cantando el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA.

Florencia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se

divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen día, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches estrangeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los Campos Eliseos. Únicamente en lugar de bajar al Prado y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo á lo largo del Arno. A la izquierda se estiende el río; á la derecha la cortina de verdes encinas, de pinos y de yedra que separan aquel paseo. Allí es donde se viene á beber, en lugar de un agua termal infecta, ese dulce sol de Italia siempre tibio y risueño. Como el camino es muy estrecho, allí se roza la gente como en el pasaje de la Ópera. Únicamente la poblacion allí es estremadamente variada: cada grupo que cruza, que os tropieza con el codo, ó que pasa por delante de vosotros, habla una lengua diferente. Allí, contra su costumbre, no están en mayoría los ingleses, los aventajan los rusos: lo que es un gran consuelo para los franceses que pueden creerse todavía, olvidando aquel hermoso sol y aquel magnífico horizonte de montañas sembrado de villas ó casas de campo, en medio de la mejor y mas elegante sociedad de las Tullerías.

Entre aquellos numerosos paseantes, pero solamente mas apretados, mas codeados, mas saludados que los demas, pasa el gran duque y su familia: toda su guardia consiste en dos ó tres criados que se ponen bastante lejos para no oír la conversacion.

Del Longo Arno se vuelve á hacer la estacion obligada á Piazzona. Allí solo se halla, desafiando lo que se llama los rigores de la estacion, algunos florentinos afrancesados, demasiado enamorados para temer el frio, ó demasiado jóvenes para temer los reumatismos. En cuanto á los florentinos, es raro ver mas de dos ó tres en los mas hermosos días, que no hacen la estacion sino un instante, y precisamente el tiempo indispensable para hacer el arreglo de lo que han de hacer ó por la noche ó por la mañana siguiente.

En la Pergola vuelven á encontrarse. La Pergola es el teatro de Florencia. Todos los florentinos, ó los estrangeros en la capital de la Toscana, del mes de octubre al de marzo se abonan á la Pergola: es una cosa de que nadie puede dispensarse. Comeis en la mesa redonda ó en el *restaurant* de la Luna, comeis en vuestra casa los macarrones y el *bacala*, nadie se ocupa de vuestros asuntos; pero tenéis un pal-

co en una de las tres nobles filas, ese es negocio de todo el mundo; un palco y un carruage son las *indispensabilidades* de Florencia.

El que tiene palacio y carruage es un gran señor; el que no tiene ni palco, ni carruage, aunque se llame Rohan, Corsini, Poniatowski, ó Noailles, no es mas que un perdido. Arreglaos según esto: y si vais á Florencia, apartad en vuestro bolsillo la cantidad del palco y del carruage, como al ir á Roma y á Nápoles se aparta una cantidad para los ladrones. Además, carruages y palcos no son caros en Florencia, se tiene un carruage al mes por doscientos cincuenta francos, y un palco por la temporada mediante cien piastras. Agregad á todo esto que el palco en Florencia vale cuatro veces su valor, no por el espectáculo, nadie se ocupa del espectáculo en Florencia, sino por la sala: y entiendo por la sala, los espectadores.

En efecto, la Pergola en donde se cruzan todos los fuegos de la coquetería femenina, pero, como en el paseo, las florentinas están en minoría. La mayoría la componen las estrangeras que vienen de París, de Londres y de San Petersburgo, esperando confundir á sus rivales bajo el peso de cuanto hay de mas nuevo en las tres capitales. Las francesas con su simple elegancia; las inglesas con sus plumas sin fin, y sus vestidos ricos y chillones; las rusas con sus hilos de brillantes y sus rios de turquesas. Pero las florentinas tienen conque hacer frente á todo, salen de los viejos armarios esculpidos de sus antepasados olas de guipour del punto de Inglaterra, puñados de diamantes propios de príncipes ó de pontífices, transmitidos de padres en hijos; ricos brocados como el Veronés pertenían á sus reyes magos; escriben á la señorita Bandran que les envíe todo esto convertido en vestidos, y aguardan tranquilas el resultado de la campaña. Resulta de aquí que en pocas grandes capitales hay un lujo de tocador igual al de Florencia. Comprendase lo que será la pobre ópera en medio de tan graves intereses. Los anteojos y los gemelos van de un palco á otro: hácia la escena nunca: á no representarse alguna ópera nueva y desconocida, se habla casi durante todo el tiempo que dura. Yo no conozco mas que *Roberto el diablo* que haya venido durante treinta ó cuarenta representaciones seguidas á establecer una tregua de Dios entre los combatientes.

En cambio se escucha religiosamente el baile. Compónese de sextas ó séptimas bailarinas parisienses: pero estas señoritas remedian la debilidad de su talento por lo corto de sus vestidos; bailan tan pronto de puntillas, tan pronto sobre el talon, estropeando los pasos, faltando á los equilibrios, pero arreglándolo todo con una pirueta. Una pirueta es en el fondo del baile como el *Legno y Robba* en el fondo de la lengua: cuanto mas

dro mas aplaudido es: así es que hay pocos trompos y peonzas... que puedan rivalizar con los bailarines florentinos. Cansarian á un faquir.

Desgraciadamente el bailarín está muy de moda en los bailes de la Pèrgola, y no les cede á las mugeres ni en las obscenas posturas, ni en las prolongadas piruetas. Esto es tal vez muy hermoso como arte, pero es muy feo como realidad.

Otra singularidad de la Pèrgola es el privilegio que tienen los curtidores, los pellejeros, y en general á los que manejan el cuero, de venir á romperse la cabeza para mayor diversion de los espectadores. ¿A qué época remonta este privilegio? ¿Qué circunstancia ha dado lugar á él? ¿Qué bella accion está encargada de recompensar? Esto es lo que ignoro; pero el privilegio existe; este es el hecho. En consecuencia, y con tal que se vistan á su costa estos estraños comparsas, pueden venir á figurar tal cosa, que no dejan de hacer, mientras que hay todos los trabajos del mundo para tener otros figurantes pagados: en virtud del mismo privilegio no se mezclan con el vulgo; entran á parte, y sus ejercicios duran de un intermedio á otro. Ejecutan grupos, combates y cabriolas semejantes á los de los alcides, menos en la fuerza, y á los de los venecianos menos en la ligereza. Estos grupos, y estos combates y estas cabriolas ademas, son siempre muy aplaudidas: y la hourasa corporacion y gremio de curtidores y pellejeros llevan su buena parte de aplausos en la noche.

A veces en medio de una cavatina, ó de un paso doble, una campana con agudo y triste son se deja oír; es la campana de la Misericordia: oílla bien, si da una campanada es por un accidente ordinario; si da dos campanadas es por un accidente grave; si da tres golpes es para un caso de muerte. Entonces veis aclararse los palcos, y sucede frecuentemente que aquel con quien hablais, si es florentino, se excusa de dejaros en medio de la conversacion; toma su sombrero y se larga. Os informais de qué quiere decir aquella campana, y de qué proviene el efecto que produce; y os responden entonces que es la campana de la Misericordia, y que aquel con quien hablais, siendo hermano de la Misericordia, va á cumplir con su piadoso deber.

La cofradia de la Misericordia es una de las mas bellas instituciones que existen en el mundo. Fundada en 1244 con motivo de las frecuentes pestes que desolaron la Italia en el siglo XVIII, se ha perpetuado hasta nuestros dias sin alteracion ninguna, si no en sus detalles al menos en su espíritu. Se compone de setenta y dos hermanos llamados gefes de guardia, los cuales están de servicio cada cuatro meses. Estos setenta y dos hermanos están divididos así: diez prelados ó sacerdotes graduados; veinte prelados ó sacerdotes no

graduados; catorce caballeros y veinte y ocho artistas. A este núcleo primitivo, representando las clases aristocráticas y las artes liberales, están agregados ciento cinco jornaleros para representar el pueblo.

La sede de la cofradia de la Misericordia está colocada en el Duomo. Cada hermano tiene allí marcado con su nombre un cajon cerrando una túnica negra parecida á la de los penitentes, con aberturas únicamente en la boca, á fin de que su buena accion tenga el mérito del incógnito. Inmediatamente que llega la noticia de un accidente cualquiera al hermano que está de guardia, toca la campana de alarma segun la gravedad del caso, una, dos, tres campanadas, y al sonido de aquella campana todo hermano, en cualquier parte que se halle, debe retirarse en el instante mismo y acudir á la cita. Allí sabe cuál es la enfermedad que le llama, ó el padecimiento que le reclama; se pone su túnica, se planta una gran caperuza, coge una vela en la mano y va do quiera se lamenta una voz: si es un herido lo lleva al hospital; si es un muerto lo lleva á la capilla: gran señor y hombre del pueblo, entonces vestidos con la misma túnica, echan mano á la misma litera, y el eslabon que reúne estas dos estremidades sociales es un pobre enfermo, que no conociendo ni el uno ni el otro, ora igualmente por los dos.

Despues, cuando han dejado los hermanos de la Misericordia la casa, los niños, cuyo padre acaban de recoger, la muger, cuyo marido acaban igualmente de llevarse, no tienen mas que mirar en torno de ellos, y sobre algun mueble viejo encontrarán una piadosa limosna depositada por una mano desconocida.

El gran duque hace parte de la asociacion de los hermanos de la Misericordia, y se asegura que mas de una vez á la llamada de la fatal campana ha llegado á revestirse aquel uniforme de la humanidad, y á penetrar desconocido al lado de los obreros hasta la cabecera de algun pobre moribundo, en cuya casa, despues de su marcha, su presencia no ha sido descubierta sino por el abundante socorro que en ella ha dejado.

Los hermanos de la Misericordia deben tambien acompañar los reos al cadalso. Pero como desde el advenimiento al trono del gran duque Fernando, padre del actual soberano, la pena de muerte se halla casi abolida, están libres de esta penosa parte de sus tareas.

Llenado su deber, cada hermano vuelve á la plaza del Duomo; deposita en la casa su misericordiosa túnica, su vela, su caperuza, y vuelve á sus negocios ó á sus dulzuras, casi siempre aligerado de algunos francescane. Volvamos á la Pèrgola, de que por un instante nos ha separado la campana de la Misericordia.

Concluido el baile se canta el segundo acto; porque en Italia, para dar á los cantantes tiempo de descansar, el baile se ejecuta entre

los dos actos. Como en general se ocupan poco de la ópera, nadie se queja de esta solucion de continuidad. Solo los estrangeros se admiran al pronto, pero luego se acostumbran; y ademas no se habita tres meses en Florencia sin que ya se toscanice uno en las tres cuartas partes.

Florencia es en todos tiempos lo que era Venecia en tiempo de Cándido: la cita de los reyes destronados. A la primera representacion de las *Visperas Sicilianas*, en efecto, vi yo á la vez en el teatro al conde de San Leu, ex-rey de Holanda; al príncipe de Montfort, ex-rey de Westfalia; al duque de Luca, ex-rey de Etruria; á madama Cristóbal, ex-reina de Haití; al príncipe de Siracusa, ex-virey de Sicilia; y en poco ha estado que esta ilustre sociedad de testas descoronadas no se hubiese completado por Cristina, la ex-regenta de España.

Verdad es que la ópera que se representaba era del príncipe Poniatouski, cuyos antepasados habian sido reyes de Polonia. Como se ve, la Toscana ha arrebatado á la Francia el privilegio de ser el asilo de los reyes desgraciados.

Despues de la Pèrgola hay siempre algunas tertulias rusas é inglesas ó florentinas, donde se va á terminar la noche comenzada en las Cachinas ó en la Pèrgola.

Esta es Florencia en el invierno para la aristocracia.

En cuanto al pueblo toscano, mas feliz que el pueblo parisien, el invierno no es para él una estacion en la que tiene frio y hambre; es, al contrario, como para la nobleza, una época de placer. Como los grandes señores tiene dos teatros de ópera, á los que va por cinco cuartos y donde oye á Mozart, Rossini y Meyerbeer, y los que, como grandes señores, tienen su Stentarello que va á aplaudir por dos *graci*. Stentarello es en Florencia lo que el *Iucriso* en París, lo que el *Cassandra* en Roma, lo que el *Polichinela* en Napoles, lo que el *Gerlamo* en Milan, es decir, el gracioso nacional eterno é inamovible, que hace trescientos años tiene el privilegio de hacer reír á los antepasados de trescientos años, y todavia, segun todas las probabilidades, tendrá el honor de hacer reír á los descendientes. Stentarello, en fin, es de aquella ilustre familia de graciosos que con grande pesar van desapareciendo de las escenas, por nuestras conmociones políticas y revoluciones literarias.

Lo que choca en Florencia como una costumbre particular de la ciudad, es la ausencia de un marido. No hay que buscar al marido en el carruaje ó en el palco de su muger; es inútil, no está allí.—¿Dónde está?—No lo sé: en cualquier otro palco ó en otro carruaje. En Florencia el marido parece al anillo de Giges; es invisible. Hay muger en la sociedad que he encontrado tres veces al dia durante seis meses, y al cabo de este tiempo la creía

viuda, cuando por casualidad en la conversacion supe que tenia un marido, que este marido existia real y positivamente y vivia en la misma casa que ella. Entonces busqué al marido, pregunté por él á todo el mundo, me empené en verlo. Trabajo perdido; tuve que marcharme de Florencia sin haber tenido el honor de conocerle, con la esperanza de ser mas feliz en otro viage.

No sucede esto en los matrimonios jóvenes; se adelanta una generacion que se separa en este punto de las tradiciones paternas, y se les cita como de fecha de veinte y cinco años el último contrato de un matrimonio en que se inscribió por parte de los parientes de la casada la estraña reserva que dejaba á su hija el derecho de escogerse un caballero *servente*.

Puesto que hemos soltado la palabra, será preciso que hablemos un poco del caballero *servente*. Ademas, si no dijese nada de él, se creeria tal vez que habia mucho que decir.

En las grandes familias donde las alianzas en lugar de ser matrimonios de amor, son casi siempre uniones de conveniencia, sucede despues de un tiempo mas ó menos largo, que viene el cansancio y el fastidio, y se siente la necesidad de una tercera persona: el marido está taciturno y brutal, la muger ágría y quimerista: los dos esposos no se hablan sino para hacerse mútuas recriminaciones y se hallan á punto de detestarse.

Entonces se presenta un amigo: la muger le cuenta sus dolores; el marido le cuenta sus fastidios, cada cual echa sobre él una parte de sus pesares, y se siente aliviado de la parte que acata de descargar en un tercero: hay mejora en el estado de las partes.

Pronto el marido conoce que su mal grande contra su muger era la obligacion contratada fácilmente por él de llevarla á todas partes consigo: la muger por su parte comienza á conocer que la sociedad á que la lleva su marido no es insostenible sino porque se ve obligada á ir á ella con él. Cuando llegan á este punto ambas partes se aproximan á comprenderse.

Entonces se dibuja el papel del amigo: se sacrifica por los dos: su abnegacion es su virtud. Gracias á su sacrificio el marido puede ir á donde le dé la gana con su muger. Gracias á su sacrificio la muger queda en su casa sin fastidiarse mucho: vuelve el marido risueño y encuentra risueña á su muger.

¿A quién debe el uno y el otro este cambio de humor? Pero el amigo reducido á este papel, podria cansarse y vendria á recaerse en la primera posicion, posicion reconocida perfectamente como insostenible. El marido tiene antiguos derechos de los que no se cuida y de los que no sabe qué hacer: no quiere darlos, pero uno á uno se los deja quitar. A medida que el amigo le sustituye, se siente con mas comodidad en la casa: el amigo es

caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfacción de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente; es la historia de todos los países del mundo: solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo: en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relación sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto más público es este arreglo, más duradero es necesariamente. Ahora no vale más tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

—Señor D..., decía el emperador á uno de sus cortesanos; me aseguran que sois cornudo. ¿Por qué no me lo habeis dicho?

—Señor, respondió Mr. D..., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos italianos son del parecer de Mr. D....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diría casi moral, no se ejecuta sino á espensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salón á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscreción se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendación de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbación en pago de las finezas y atención que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fé de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introducción, después de la invitación ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aquí la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chimenea, ó después de una noche toda pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavía si esto se quiere, la

culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscreción y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia había sido entregar en el palacio Corsini, Poniatowski y Martellini las cartas de recomendación que teníamos para sus ilustres dueños. En el mismo día nos enviaron billetes de invitación, ó de soirées, ó de bailes, ó de comidas. El príncipe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcón de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminación y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venían las fiestas de San Juan y sentía bajo la calma florentina la alegre agitación que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres días de intervalo entre el en que estábamos y el en que debían comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento. En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guía de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundación del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del ciclo antes que por las señorías de la tierra.

Hacia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitución, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las más amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, después á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

«En atención á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu,

mandamos á Arnolfo, maestro y jefe de nuestro comun que haga el modelo y el dibujo de reconstrucción de Santa Reparata con la más alta y más suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder y industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los más discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, sino está acorde en llevarlas al más alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunión de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria.»

Arnolfo-di-Cape tenía que luchar con un terrible predecesor que había recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII había construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habían creado una reputación tan grande y tan noble que había sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Caponau y el palacio de Oeuf: en Venecia para fundar allí el campanillo de San Marcos: en Pistoia para hacer la iglesia de San Andrés: en Arezzo para construir el palacio de la señoría y en Pissa para fundar á medias con Bonuano aquella famosa torre inclinada que causa todavía terror y admiración á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputación de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que había conseguido en la ejecución de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, después del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuían los temblores de tierra que habían conmovido muchas veces la antigua basílica, se colocó la primera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado expresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debía, dice su biógrafo, mantenerse en él como un león y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocación de Santa María de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viéndose salir magestuosamente su obra de la tierra y

previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

—Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo había calculado todo para la ejecución del Domo, excepto la brevedad de su vida. Dos años después de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construcción, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavía los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Organna á Gaddi y Felipe á Andrés Organna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecución de la cúpula. Había ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavía estaba sin concluir, cuando en 1417 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no había tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofía de Constantinopla, y que no debía tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años después, Miguel Angel, llamado á Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que había prevenido su sepulcro para verla aun después de muerto:

—Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El Domo no quedó terminado. Bacchio de Arnolfo estaba ejecutando su galería exterior cuando una chanzoneta de Miguel Angel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones había costado la erección del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados después. Únicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Médicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como la han dejado las vicisitudes porque pasan los monumentos como los hombres, el Domo, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuitas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco león.

El interior del Domo no corresponde á lo exterior; empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.